



Misterios del Rosario, misterios de la vida

Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.

Numerosas publicaciones nos hablan de las múltiples cualidades que encierra el Rosario como oración cristiana: es escuela de fe y oración, porque nos enseña a creer y a rezar; es una plegaria que favorece la conversación amistosa con Dios; nos introduce en la contemplación de los misterios de nuestra salvación; nos ayuda a reposar nuestra imaginación, y, a veces, también nuestro cuerpo; es una lectura del Evangelio en clave mariana; es «el resumen del Evangelio» (León XIII); es «el credo hecho oración» (Newman)... Muchos cristianos han afrontado las mayores dificultades de su vida recurriendo a esta sencilla oración; otros han entrado en la muerte pasando entre sus dedos las cuentas de un rosario y murmurando el *Padre nuestro*, el *Avemaría* o el *Gloria*.

Por la repetición incesante de las mismas fórmulas, gravita sobre esta oración el peligro de la monotonía. Lo mismo ocurre con las demás cosas de la vida (comer, trabajar,...); se vuelven monótonas cuando olvidamos su objetivo¹. La riqueza y novedad de cada Rosario bien rezado está, como en toda oración verdadera, en el encuentro inédito con Dios que se realiza.

Hay dos interpretaciones encontradas de lo que debe ser el rezo del Rosario. Unos piensan que sin la meditación de los misterios de la vida de Cristo, el Rosario se convertiría en una oración estéril (Pablo VI). En cambio, otros estiman que la fuerza especial de esta oración está precisamente en el elemento que le falta, es decir, en la ausencia del elemento intelectual. Tomas Spidlik², partidario de esta segunda opinión, piensa que tal vez sea una equivocación el esfuerzo realizado por los libros que intentan suplir la carencia de este elemento intelectual mediante métodos artificiales, recomendando la meditación de sus «misterios» cada diez *Avemarías*. El Rosario es, según él, un modo de oración característico de la gente sencilla. En una de sus obras interpreta acertadamente la experiencia de muchos orantes con las siguientes palabras:

«La gente sencilla reza de modo diferente. No se concentra en una cosa sino que trata de poner en relación con Dios todo lo que viene a la mente. Piensa en los familiares, los frutos del campo, la salud. Y a todos esos recuerdos se añade un *Avemaría*. Las 50 *Avemarías* del Rosario pueden servir para ir recordando todo lo que pesa en el corazón. Evidentemente ese tipo de oración exige sencillez. Quien la ha perdido no puede rezar el Rosario. Pero ha perdido más de lo que cree: el corazón sencillo está más cerca de Dios.

Un fenómeno característico de nuestro tiempo es el entusiasmo de algunos por la práctica oriental de la «oración de Jesús». Sin duda, está bien saber pasar de los textos de la oración a las aplicaciones concretas en la vida. Pero es igualmente saludable pasar de la vida, de los problemas que preocupan a nuestras mentes, y unirlos, por medio de una oración sencilla del corazón»³.

No obstante, sería bueno conciliar ambas formas de entender el Rosario. Sin duda es posible unir en una misma oración lo que «pesa en el corazón» con el amor a Dios y el recuerdo de los misterios mayores de nuestra salvación, al tiempo que la recitación pausada del *Padre nuestro* y del *Avemaría* va creando un clima verdaderamente orante. Pues los misterios vividos por Jesús, y presenciados tan de cerca por su madre, están íntimamente ligados al misterio de nuestra vida por una especie de sintonía común. Como los misterios del Rosario, nuestra vida está marcada por la alegría, el sufrimiento y la esperanza en las mejores promesas de Dios para nuestro futuro.

El Rosario nos inunda de gozo al invitarnos a meditar, en primer lugar, el misterio de la encarnación de nuestro Redentor. Éste es el acontecimiento fundamental de toda la historia de la salvación. Es, como dice J. Eyquem, un misterio que no se añade numéricamente a ningún otro, pero que está presente y activo en todos los demás, porque nos recuerda que Aquel que vive, muere y resucita es el Hijo de Dios que tomó nuestra carne; gracias a la encarnación, el misterio pascual recibe su poder y su sentido⁴. Teilhard de Chardin se expresaba de un modo semejante al decirnos que «el Rosario es un *Avemaría* dilatado, explicitado». Las palabras del ángel de la anunciación que forman parte del *Avemaría* nos recuerdan constantemente la alegre noticia de la preocupación de Dios por la humanidad que ha creado. Su preocupación le llevó a identificarse

con nuestra humanidad, haciéndose uno de nosotros, para levantarnos de nuestra postración y comunicarnos la vida verdadera. La alegría que transmite este misterio está lejos de ser una alegría egoísta, cerrada sobre sí misma, ajena al dolor del prójimo. Es la alegría que tiene su origen en el acercamiento de Dios a la humanidad para traernos la paz, romper las ataduras de la esclavitud y sembrar la confianza.

En la vida de Jesús hubo también sufrimiento y muerte; no se trata sólo del dolor que produce nuestra frágil naturaleza mortal, sino también del dolor de la incomprensión, del fracaso en la propia misión, de la traición de los amigos, del desprecio de aquellos por quienes entregó su vida, del dolor que produce la injusticia. Jesús tuvo que experimentar todo eso, a pesar de haber hecho de toda su vida una lucha contra el sufrimiento ajeno en todas sus manifestaciones: curando, consolando, perdonando, resucitando. La vida de todo ser humano está también marcada por el dolor físico y psíquico; por el dolor que uno sufre pasivamente, por el sufrimiento que uno causa en los demás y por el dolor que uno intenta aliviar en uno mismo y en el prójimo. Al recordar en el Rosario el sufrimiento de Jesús, nos sentimos profundamente interpelados y alentados por la fuerza del amor que le movió a atravesar ese calvario. Pero, además, desde lo alto de la cruz Jesús nos sigue invitando a ir a él para descargar en él todos nuestros agobios y sufrimientos, todas nuestras cruces. Jesús nos invita a comunicarle nuestro dolor porque quiere compartirlo con nosotros.

La esperanza que impregna toda vida humana y la mantiene en tensión hacia el futuro, se convierte para el cristiano en esperanza de la resurrección. Saber que la muerte no tiene la última palabra sobre nuestra vida ni sobre la vida de aquellos a quienes queremos, nos hace vivir de otra manera. Nos abre a una esperanza ilimitada. Nos asegura que un día podremos encontrarnos cara a cara con el Dios que nos sostiene y al que ahora sólo podemos dirigirnos en la fe. Nos asegura la superación definitiva de nuestros límites, sufrimientos y pecados. La presencia del Espíritu de Jesús en nuestra vida mantiene viva esta esperanza; adelanta ya algo de lo que será el mundo futuro al hacernos experimentar el amor de Dios y al concedernos el amor con el que también nosotros podemos amar a Dios, a nuestro prójimo y a nosotros mismos.

El Rosario nos lleva sin cesar de la oración a la vida y de la vida a la oración; convierte en oración toda nuestra vida, la hace más llevadera e introduce a Jesús y a María en ella. Por eso sigue siendo una práctica recomendable para todos los cristianos.

1.- Cf. J. DELAMARE, «Priez avec le Rosaire», *La Vie Spirituelle* 98 (1958) 530.

2.- Tomas Spidlik es profesor del Pontificio Instituto Oriental de Roma y uno de los mayores expertos mundiales de la espiritualidad del Oriente cristiano.

3.- Tomas SPIDLIK, *El camino del Espíritu*, Madrid 1998, pp. 141-142.

4.- J. EYQUEM, «Rosaire», *Encyclopédie Catholique, hier, aujourd'hui, demain*, t. 13, Paris 1993, c. 108.